

JAVIER MILEI

EL CAMINO DEL LIBERTARIO



JAVIER MILEI

EL CAMINO DEL LIBERTARIO

 Planeta

El camino en primera persona

1. El inicio, la decisión y el primer *paper*

Nací el 22 de octubre de 1970 en el seno de una familia de clase media. «El Libertario», ese que ahora soy yo, lo hizo apenas un tiempo después. Me recuerdo con 11 años, en abril de 1982, estar escuchando la famosa frase de Lorenzo Sigaut: «El que apuesta al dólar pierde». Ese fue el inicio de la debacle del modelo de la tablita cambiaria, pero no solo eso, también fue el momento en que descubrí que había mucha gente que en mi país estaba mal. Agobiada. Y lo estaba por sus deudas, épocas de la Circular 1050. En ese momento, de repente, y fruto de la liquación, gente que estaba bien pasó a estar muy mal, y viceversa, aunque en el agregado todo estaba peor. Algo había ocurrido. Algo le había cambiado el modo de vida a mucha gente de manera sustancial. Yo siempre estuve muy atento a las charlas que tenían mis padres con sus amigos, con sus allegados o con los padres de mis compañeros del colegio. Veía esas interacciones y también las fluctuaciones en los niveles de vida. Fluctuaciones que básicamente estaban ligadas a los cambios de la economía. Y eso que a los adultos les impactaba tanto, a mí, ya de chico, también. Todos en cierta manera notaban que vivían peor y más atentos a la economía. Yo también. De hecho, fue en ese momento que decidí estudiar Economía. Si las cosas que pa-

saban con el dólar, con la inflación, con la economía en general afectaban el bienestar de las personas, tenía que entender cómo funcionaba. Y para entender, evidentemente, tenía que estudiar.

Pero no solo la economía despertaba interés en mí. Para entonces era un chico marcado por el Mundial 78 y las descolllantes actuaciones de Mario Alberto «El Matador» Kempes y Ubaldo Matildo «El Pato» Fillol. El Pato, a quien tuve oportunidad de conocer y abrazar ya de grande, es uno de mis máximos ídolos. De hecho, fue tal la influencia que tuvo sobre mí que no lo dudé en ningún momento. Si de fútbol se trataba, mi lugar dentro de una cancha era el arco. Y lo fue a pesar de que mis características no eran las más adecuadas para un arquero (mi altura es 1,80 metros). Sin embargo, fueron justamente esas características las que hicieron que, cuando jugaba en Chacarita Juniors, entrenara mucho más. Y gracias a semejante nivel de entrenamiento —seis horas por día—, cuando estaba en el arco, saltaba y al travesaño lo dejaba a la altura del pecho. Volaba de palo a palo sin dificultad. Este no es un dato menor, ya que marca un rasgo de personalidad. El arquero no solo se viste distinto (diez con el mismo uniforme y uno totalmente diferente) y puede utilizar las manos dentro del área grande, sino que además tiene su propio entrenamiento, juega con la tribuna en la espalda todo el tiempo, suele festejar los goles en soledad y es el único que, cuando se equivoca, paga con un gol en contra. Obviamente, debería quedar claro que ser arquero requiere una personalidad muy particular.

Así, atravesado por dos pasiones —la economía y el arco—, fui creciendo hasta que en junio de 1989, mientras cursaba el primer año de la licenciatura en Economía en la Universidad de Belgrano, mi mamá me pidió que la acompañara al supermercado. Me acuerdo como si fuera el día de hoy. Plena hiperinflación. Yo es-

taba apoyado con los brazos sobre el changuito y no me olvido más lo que sentí al ver a unas chicas con guardapolvos usando una especie de pistola, las famosas tickeadoras, sin parar de remarcar precios mientras la gente se abalanzaba sobre la mercadería. Fue un momento de enorme confusión. Todo aquello que estaban viendo mis ojos se llevaba de patadas con lo que venía estudiando en la universidad (algo evidente para un primer curso de economía de la carrera). Los precios subían pero la demanda no bajaba. La gente se seguía tirando arriba de los productos, procurando acapararlos. Así que, mientras veía esa película, pensé: «Lo que estoy estudiando en la universidad está mal o soy un pelotudo que no entiende nada». Así es que asumí que, al destinar seis horas diarias al entrenamiento de fútbol, no estaba estudiando lo suficiente como para entender la naturaleza del problema, y fue ahí mismo que decidí abandonar el fútbol y comenzar a estudiar economía de manera superintensiva.

Comencé a leer muchísimos libros, más allá del material que me daban en la facultad. Podría decir que comencé un proceso de educación autodidacta y ya a los 20 años escribí mi primer *paper*, llamado: «La hiperinflación y la distorsión en los mercados».

En ese artículo, básicamente desde mi intuición, termino derivando un modelo de expectativas adaptativas, el cual me permitía derivar una curva de oferta agregada con pendiente negativa, en lugar de positiva o vertical, y eso hacía que los sucesivos aumentos de la demanda agregada, fruto del déficit fiscal financiado con la emisión monetaria, generaran un equilibrio donde no solo subían los precios sino que además se contraía la economía; donde, además, la característica de dicho equilibrio era su estabilidad porque, cuanto más altos los precios, la curva de demanda se volvía más elástica. Y si bien la curva de oferta se invertía, era mucho menos elástica que la demanda; entonces, generaba

un equilibrio que no solo existía y era único por la linealidad de las funciones de oferta y demanda resultantes, sino que además era estable. Así, a los 20 años había llegado a explicar un proceso hiperinflacionario que, por otra parte, implicaba que la presencia de la aceleración inflacionaria derivada de una híper también generaba contracción de cantidades; esto es, ca da del PIB (producto), ca da del empleo y ca da de los salarios reales.

En paralelo, y para «perfeccionar mi veta histriónica», junto con Hernán Boracchia (baterista), con quien nos une una gran amistad desde los 10 años, decidimos armar una banda tributo a los Rolling Stones. Sumamos al talentos simo guitarrista Juan Carlos Marioni y a Diego Vila (bajo), para que finalmente Diego Parise (guitarra rítmica) se nos uniera para completar el quinteto. Mi lugar en la banda era el de vocalista que intentaba replicar el rol de Mick Jagger en la banda de rock más grande en el mundo. Con mi paso por la m sica pasa lo mismo que con el fútbol: quienes vieron y acompañaron el proceso dicen que era bueno. Mi percepción no es tan optimista.

2. El estudio del keynesianismo, la maestría en el Instituto para el Desarrollo Económico y Social

La Universidad de Belgrano, como cualquier casa de estudios, tiene regulados los contenidos así que, cuando terminé la carrera de grado, salí formado con la t pica estructura analítica de centroizquierda, o sea, era post-keynesiano con tintes de estructuralista, alguien que creía que la inflación es multicausal, que es importante la presencia del Estado regulando la economía, que hay un rol destacado para el Banco Central y el Estado tiene que intervenir determinados mercados «fundamentales», como el cambia-

rio, entre otras cosas. Sin embargo, pese a mi visión presente, no reniego de aquello, porque precisamente es lo que hoy me permite abrazar con más fuerza las ideas de la libertad.

Lo cierto es que, como post-keynesiano con tintes de estructuralista, decidí hacer una maestría en el IDES (Instituto para el Desarrollo Económico y Social), donde, básicamente, lo que hice fue estudiar keynesianismo a fondo. Ahí, a través de sus excelentes profesores, José María Fanelli, Jorge Streb, Mario Damil, Roberto Frenkel, Guillermo Rozenwurcel, Luis Acosta, Fabián Abadie y Javier Finkman, entre otros, estudié distintas variantes del keynesianismo. Es más, me hice muy amigo de Javier Finkman (QEPD) y él me llevó como ayudante de Microeconomía a la Universidad de Buenos Aires. Paralelamente a ser ayudante de Javier, me reencontré con un profesor de la UB, Daniel Pérez Enrri, y me ofreció ser su ayudante en Macro. Esto es muy interesante porque en ese momento el análisis microeconómico iba por un lado, el crecimiento (campo en el que años más tarde me especialicé) iba por otro y la macroeconomía por otro. Sin embargo, dadas mis restricciones de tiempo y las posibilidades laborales que me brindaba trabajar en temas de regulación y análisis y valuación de empresas, dejé el curso de Macro, me metí más con el tema de la Micro y empecé a hacer un recorrido a fondo en cuestiones de microeconomía, que a la postre terminaba en el análisis de equilibrio general (mismo campo de aplicación de la macro, pero con microfundamentos).

En medio de todo ello, surgió la posibilidad de escribir un artículo en la Universidad de Belgrano, en un equipo liderado por William J. Baumol (dos veces candidato al Nobel de Economía), y con dos profesionales maravillosos en el plano local, como Víctor Alberto Beker y Alfredo Juan Canavese (QEPD). Un trabajo en el que había mucha micro aplicada, porque mostraba la dispu-

tabilidad del mercado telefónico, lo que después fue muy importante, por todos los temas regulatorios que, para mí, habrían de convertirse en una fuente de vida, por decirlo de alguna manera. De hecho, participé en la defensa de Argentina en cinco casos en el CIADI (el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias), después de haber trabajado haciendo valuación de empresas en HSBC, para luego pasar a Máxima AFJP, trabajando además como economista, para desembocar más tarde como economista coordinador del Estudio Broda.

De hecho, fue en el contexto de mi trabajo en HSBC que, para que me resultara más divertida la tarea, lo que hacía era darles a los documentos muchos microfundamentos. Lo cual implicaba usar intensivamente la teoría económica. Pero la verdad, pese a que era muy bueno en la micro, en macro siempre le pifiaba. Había algo que no funcionaba. Así que un día, en medio de una profunda autocrítica y dado el vínculo que tenía con Alfredo Canavese, me puse a hacer el posgrado en Economía de la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT).

3. Estudio en la Di Tella: una maestría más ecléctica

Cansado de errar tanto con las familias de modelos keynesianos y estructuralistas, ingreso en la Di Tella. Allí comienzo a ver la macro moderna, que era, básicamente, equilibrio general intertemporal, algo que ya había estado estudiando por mi cuenta y por mucho tiempo, y ahí es cuando me convierto en un neoclásico recalcitrante, absolutamente ortodoxo. En ese entonces estaba de moda la Teoría de los Ciclos Reales, la cual, en términos de enfoque analítico (macroeconomía intertemporal microfundamentada), es una suerte de Escuela Austríaca pero con mucha

matemática. En dicho marco, los ciclos vienen dados por cuestiones exógenas donde, salvo la presencia de algún tipo de «fallo de mercado», no había rol alguno para la política monetaria (neutralidad del dinero) ni para la política fiscal (equivalencia ricardiana). Lo único que podían hacer dichas políticas era daño. Sin embargo, el problema, desde mi punto de vista, se encuentra en que dicho análisis está construido sobre el paradigma neoclásico y, cuando se da ingreso a los «fallos de mercado», ahí se abre la caja de Pandora socialista. Si bien me resultaban mucho más confortables los resultados, todavía había algo que no cerraba: sentía que tenía unos modelos matemáticos estéticamente hermosos, «bien ajustados empíricamente», pero les faltaba corazón, les faltaba el alma. Gozaban de una belleza vacía.

Sin lugar a dudas, guardo hermosos recuerdos de mi paso por la Di Tella, donde he tenido la posibilidad de cursar, escuchar y/o conocer a profesores maravillosos, como Alfredo Canavese, Erwin Klein, Pablo Guidotti, Guillermo Calvo, Pablo Sanguinetti, Daniel Heymann, Julio Berlinsky, Ana Martirena Mantel y Leonardo Gasparini. Obvio, un capítulo aparte merecen los matemáticos Diego Rial y Pablo Azcue, personas con un talento único para hacer muy fácil algo que no luce como tal. Aprendí tanto de cada uno de ellos (del mismo modo que mis profesores del IDES y la UB) que siempre guardarán un lugar destacado en mi corazón.

Juan Carlos de Pablo

Cuando era muy chico, y a diferencia del querido Facundo Manes, mi padre no me obligaba a ver *Tiempo nuevo*, el programa de Bernardo Neustadt: yo lo miraba solo.

Por aquel maravilloso ciclo he visto pasar a grandes pensadores. Dentro de ellos, había uno por quien sentía una gran admiración. Alguien que explicaba con facilidad lo que en boca de otros parecía difícil: Juan Carlos de Pablo, «El Profesor». Saber si el Profesor estaba en un auditorio era fácil: estaba lleno de bote a bote. En ese sentido, crecí y me desarrollé profesionalmente admirando a un verdadero gigante de la divulgación.

Y de nuevo la vida me deparaba un hermoso regalo. Estaba en Tucumán, en una reunión de la Asociación Argentina de Economía Política. Presentaba mi trabajo sobre sustentabilidad fiscal bajo incertidumbre. Recuerdo que mi exposición fue espantosa y, mientras veía que la audiencia no me estaba siguiendo, me fui a un rotafolio y empecé a hacer las demostraciones matemáticas ahí mismo. ¡Para qué! Si la cosa ya venía mal, la empeoré aún más. De no ser por el comentarista Ernesto Rezk, seguramente nadie hubiese captado nada. Tenía una calentura que volaba. Estaba furioso y a la velocidad de rayo me fui para el ascensor para volver a mi cuarto y encerrarme.

En ese contexto, freno contra el espejo del ascensor y un señor alto, canoso, de barba y con anteojos, que estaba dentro de la cabina, me dice: «¡Pará, pibe! ¿Qué pasa?». Mi respuesta fue tajante: «¡Soy un pelotudo! Acabo de exponer para el orto». Esa persona me responde: «Pará un poquito, tranquilizate». Y en ese momento me doy cuenta de que estaba en el ascensor con Juan Carlos de Pablo. Ahí, el Profesor me dice: «Te doy cinco pisos para que me cuentes lo mismo pero como un cuentito». Lo increíble fue que, lo que no había logrado en veinte minutos, lo conseguí en cinco pisos de ascensor.

Llegamos al quinto y el Profesor me dijo: «¡Che! Buen *paper*, ¿te das cuenta de que podés explicarlo bien? Llamame a la oficina la semana que viene y nos juntos a almorzar». Nos terminamos haciendo amigos. Hemos pasado fiestas juntos. He aprendido y aprendo un montón en cada charla. Es más, cuando empecé a tener presencia en los medios mostrando mi cara menos amigable, un día me llama para reunirnos y me dice: «Si seguís así vas a terminar como Espert», y yo le contesté: «Entonces seré como Espert con peluca». Después también conocería a José Luis, alguien a quien todos los liberales debemos agradecer el logro de volver a llevar el liberalismo a la contienda electoral. Espert tiene mucho mérito en la presente avalancha liberal. Puede que, injustamente, muchos solo miren un punto en el tiempo. Conozco bien cómo trabaja la función exponencial.

4. La llegada al Estudio Broda

El paso por la UTDT implicó un cambio radical. Me sentía mucho más cómodo con la nueva estructura, a punto tal que volví a escribir. En ese contexto presento un trabajo sobre la sustentabilidad de la política fiscal para la reunión de la Asociación Argentina de Economía Política de 2001. En aquel momento de Argentina, el tema fiscal y el cambiario estaban en el tope de la agenda. Por un lado estaban los que proponían pesificar y devaluar para que la licuación de pasivos y la destrucción del salario real (en especial en dólares) permitieran recuperar la economía aniquilada por la Alianza. Por el otro lado estábamos los que que-

ríamos que se hiciera un ajuste fiscal que debía recaer en la política. ¿Le suena el debate?

Luego de un arduo trabajo durante 2002 y 2003 en Máxima AFJP, la fortuna volvió a tocar mi puerta. A inicios de 2004, el doctor Miguel Ángel Broda me ofrece trabajar como economista coordinador de su estudio (tarea compartida con su hija Andrea). Si bien estuve allí cuatro meses, la experiencia fue maravillosa. Aprendí el trabajo del economista profesional de verdad. Había dejado el lado del mostrador en el que recibía los informes de las consultoras (a los que les hacía críticas cosméticas, más o menos válidas desde lo teórico, pero cosméticas al fin) para estar del lado de los que escribían.

En principio, parecía fácil. Venía de publicar dos artículos muy buenos en materia de sustentabilidad fiscal, con contribuciones concretas para los casos sin (2001) y con incertidumbre (2002), y, muy especialmente, había publicado el que aún hoy considero uno de mis mejores artículos académicos de mi carrera: «Deuda soberana óptima bajo información asimétrica». Allí, en medio de la renegociación de la deuda defaulteada en 2002, aclamada y festejada por la corporación política como si, ante la quiebra de una empresa, los empleados que pasarían a estar desempleados festejaran el evento (aunque la corpo nunca paga los costos), me puse a desarrollar la estructura analítica del bono con el cupón atado al PIB. Hasta ese momento, los desarrollos teóricos eran muy malos ya que implicaban que, cuando a un país le iba mal, le llovían los dólares del financiamiento, mientras que, si las cosas iban bien, era tanto lo que tenían que pagar que caían en *default*. Un resultado ridículo. Por eso, en el trabajo se desarrollaba un contrato de deuda dinámico que incorporaba los problemas de información asimétrica (con las pertinentes restricciones de participación y compatibilidad de incentivos) y cuyo resultado era un

cupón atado al PIB con un techo y un piso. Esto es: cuando a la economía le va bien no cae en *default* y cuando le va mal, difícilmente reciba todo el financiamiento que busca.

Sin embargo, a pesar de mi enorme facilidad con las matemáticas, y en especial con lo divertido que me resultaba y me resulta hacer y usar modelos formales, el desafío de la hoja en blanco cada semana distaba mucho de ser simple. Había que estar mirando los datos todo el tiempo, encontrar algo novedoso y que fuera relevante. A su vez, la competencia buscaba lo mismo, por lo que, si uno llegaba tarde, tenía que asimilar la explicación del rival y ver si la podía mejorar para no quedar fuera del debate. Todas las semanas quedaba en claro cuán fácil era criticar y cuánto más difícil construir. Pero después de un tiempo asimilé la dinámica del trabajo.

En ese momento, año 2004, en Argentina se discutía si era posible para el gobierno perseguir una meta en un tipo de cambio real. La literatura señalaba que no era posible ya que, si el Banco Central fijaba el tipo de cambio por encima del «nivel de equilibrio» (en la segunda parte del libro se entenderá el uso de las comillas), el ingreso de divisas llevaría a una expansión de la oferta monetaria que haría subir los precios y entonces el tipo de cambio real se apreciaría. Por otra parte, si se liberaba el tipo de cambio, el precio de la moneda extranjera quedaría alineado con la cantidad de dinero y el nivel de precios. Esto es, el gobierno no podía hacer nada para tener un «tipo de cambio competitivo» desde el cual impulsar el crecimiento económico liderado por las exportaciones. Más allá de eso, el debate era ese y estaba planteado en esos términos. Y ahí muchos proponían lo que hoy definiría como la solución violenta: el control de capitales. La idea era que el Banco Central pudiera desacoplar del control del tipo de cambio y el nivel de precios restringiendo el ingreso de capitales. Naturalmente, la solución no me resulta simpática.

Frente a ese desafío, me enfrenté y resolví el trilema monetario pensando el problema a la Jan Tinbergen. Esto es, como un problema de incompatibilidad en la cantidad de instrumentos y objetivos. Básicamente, el Teorema de Tinbergen dice que, si se tiene «n» objetivos de política económica, por lo menos hay que tener «n» instrumentos de política económica independientes. Controlar el tipo de cambio real implicaba controlar dos precios y, por ende, se necesitan dos instrumentos de política económica, uno para controlar el tipo de cambio y otro para controlar los precios. Entonces, descubro que el problema del trilema se «arreglaba» sumando un instrumento de política económica, y ahí aparecen dos versiones. Por un lado, la versión heterodoxa del control de capitales, mientras yo proponía una política fiscal contracíclica. Esto es, si la política monetaria estaba subordinada al control del tipo de cambio, para compensar los efectos sobre el nivel de precios, la política fiscal debía compensar los efectos en precios de la primera. Obviamente, el resultado era que, si querías tener un tipo de cambio real competitivo y querías ganar en competitividad, la política fiscal debía correrse para que el nivel de precios estuviera a raya. No está mal el resultado, pero hoy me produce náuseas el nivel de violencia y fatal arrogancia que implica pensar la política económica en esos términos. Sucede que aún no había tenido la dicha de toparme con Murray Newton Rothbard.

Más allá de mi visión presente sobre la economía en general y el análisis económico en particular, parado en la lógica de aquel debate y en aquel momento, la contribución era importante. Yo lo tenía claro, pero el doble comando en el estudio siempre lo dejaba fuera de los semanales y las presentaciones, hasta que un día el doctor Broda tenía que mandar una nota a *La Nación*, y sabiendo de mi habilidad para modelar, me llamó para discutir el tema y ahí le expuse mi visión. El doctor Broda captó de modo ins-

tantáneo la contribución, señalando con su típica voz de trueno: «Este es un aporte significativo, para que haga cosas como estas es que lo contraté». La presencia de otras personas en el lugar era el indicio de que debía renunciar. La decisión ya estaba tomada; sin embargo, dada la enorme carga de trabajo que implicaba el armado del ciclo mensual, le comuniqué a Miguel Ángel mi decisión al día siguiente de la presentación, ya que es el día en que todos descansan después del ciclo. Miguel Ángel me dijo: «Justo ahora que le tomó la mano al trabajo». Y yo le contesté: «El tango se baila de a dos y, si la otra parte no quiere bailar, es imposible». Nos miramos. Nos entendimos. Nos dimos la mano. Y me fui, con un enorme y eterno agradecimiento para con el doctor Miguel Ángel Broda, quien me enseñó el oficio y a ganarme la vida como economista.

Tiempo después, en una charla con José Luis Espert, que también había pasado por el estudio, le conté esto y el Profe me dijo: «El estudio es una gran escuela, no conozco a nadie que haya pasado por ahí en un puesto importante que luego no le fuera bien en su vida profesional» (la expresión fue un poco más áspera, pero imagino que el Profe no se molestará con la versión edulcorada). Es más, cuenta la leyenda que un día el doctor Broda señaló en una charla: «Yo podría otorgarles un título a los que pasan por mi estudio». En rigor, yo nunca escuché tal cosa, pero créanme que, si el doctor Broda llegara a decir eso, yo daría fe de que tiene razón.

Confieso que este es un momento muy emotivo del libro y hasta siento que no estoy expresando toda mi gratitud hacia el estudio y los meses que allí estuve. Pero por eso no soy escritor y soy solo un economista al que le gusta escribir y divulgar los fundamentos del análisis económico.

5. Luego de la oscuridad llega la luz

Si bien la valoración del paso por el Estudio Broda crece con el correr de los años (se me viene a la cabeza el discurso de Steve Jobs sobre que los puntos de la vida solo se pueden unir de adelante hacia atrás), en ese momento era una salida que no estaba libre de costos. La demanda de tiempo que implicaba el estudio me había llevado a romper con una pareja y además, cuando llegaba el fin de semana, no tenía muchas ganas de vida social. A su vez, reacomodarse en el mercado laboral con la montaña de regulaciones que tiene no es sencillo, y eso me llevó a ingresar a un trabajo que no era ideal, pero que servía para pagar las cuentas.

En paralelo, frente a la gimnasia que me había dado el paso por Estudio Broda, vuelvo a escribir de modo intenso y me encuentro con un nivel de productividad que nunca había visto en mi vida. El camino arrancó con la versión académica de lo que le había presentado al doctor Broda en aquel final de mi estadía en el estudio. El nombre del artículo era «Real Exchange Rate Targeting: control de capitales o política fiscal». El *paper* sería publicado por la revista de economía de la Universidad Nacional de Córdoba y, cuando viajé a la provincia mediterránea a exponer el artículo, me topé con la mejor decisión que he tomado en toda mi vida. En el hotel en el que paraba me junté para almorzar con el dueño de un criadero de mastines ingleses. Luego de la charla nos dirigimos a su casa, donde estaban los hijitos de Kuma, y ahí me encontré con el verdadero y más grande amor de mi vida: Conan. Los cachorros eran trece. Pero uno vino hacia mí casi de inmediato. Conan ya me había elegido. Yo no puse resistencia. Y en función de los días que debía esperar para que se viniera conmigo a Buenos Aires, me fui de vacaciones en febrero

a Villa Carlos Paz, de modo de poder coronar el descanso regresando a capital junto a mi hijito de cuatro patas. Se hizo la luz.

Pocos días después Conan se enfermó. Se enfermó feo, a punto tal que debí internarlo en una clínica de cuidados intensivos, por suerte muy cerca del trabajo. Así, en la hora del almuerzo lo visitaba. En el medio, una amiga de mi mamá me regaló una estampita del santo de las causas justas y urgentes, el milagroso San Expedito. Después de llorar y rezar por un par de semanas, Conan superó la prueba. Estaba muy flaco pero con ganas de dar pelea. Todo volvía a la normalidad. Sin embargo, en el lugar donde trabajaba, pese a que nunca había bajado mi productividad y alegando que no querían tener que lidiar con mis potenciales problemas personales, unilateralmente me propusieron bajar a la mitad de tiempo las horas trabajadas y así reducirme el sueldo a la mitad. No tenía muchas alternativas de corto plazo. Lo acepté y aproveché el tiempo libre para estar con Conan. Vivíamos casi con lo justo, pero la combinación de su cariño y mi pasión por la economía escribiendo a *full* nos permitían ser felices. Es más, nunca olvidaré el día en que, frente a un trabajo que estaba haciendo, se me ocurrió decir en voz estruendosa una frase de Albert Armen Alchian: «Todo lo que es, es óptimo, ya que, si no lo fuera, sería diferente». Lo extraño fue que, frente a ello, Conan se puso de pie y empezó a aullar como un lobo, algo que sigue haciendo cada vez que repito la frase. Infiero que le gusta. Algo muy distinto a lo que pasa cuando me pongo a escuchar ópera, en especial las de Bellini y Donizetti que están interpretadas por «la estupenda» Joan Sutherland (una de las tres mayores divas de la historia de la lírica, junto a María Callas y Renata Tebaldi) y dirigidas por su marido, el genial Richard Bonynghe: Conan se retira educadamente a la cocina.

Era un contexto de mucha austeridad pero con mucho de lo

que me hace feliz. Sin embargo, cuando regreso de las vacaciones me vuelven a plantear una nueva reducción del salario, achicando de nuevo la cantidad de horas. Me pareció un delirio. No lo acepté. Me pareció tan bajo y miserable lo que me hizo aquel empleador que le hice juicio, ya que no estaba formalizado. Obviamente, lo gané. Sin embargo, la cosa estaba difícil y, como los estudios mostraban que una persona tardaba cerca de dos años para volver a encontrar empleo, adopté una posición pesimista y dividí el monto de la indemnización como para sobrevivir cuatro años. Eso daba una cifra mensual que, sujeta a que Conan siguiera teniendo las mejores condiciones de vida posible, me permitía gastar por día el equivalente a una pizza. Podía comer una pizza por día: ¡y lo hacía! Obvio, llegué a pesar 120 kilos, pero lo importante era, y siempre es, que Conan esté bien. Si Conan está bien, todo está bien.

Mi compromiso con Conan

Los perros son los seres más nobles del universo. No fallan nunca. No se equivocan jamás. Cuando me quedé sin laburo, allá por el año 2004, Conan ya estaba conmigo. La situación era compleja: yo estaba en el piso y todo el mundo me pateaba la cabeza. Algunos hasta parecía que sacaban turnos. Los únicos que siempre estuvieron conmigo han sido Conan y mi hermana Karina.

Un domingo, ya durante la gestión de CFK, estaba en la casa de mis padres. Había ido a visitarlos un rato y en lugar de quedarme a ver el programa de Jorge Lanata en casa de ellos, decidí volver a mi departamento del Abasto, así cenaba con Conan, ya que me había ausentado toda la tar-

de. Mientras miraba el programa, se corta la luz. Chequeo si era mi departamento pero no, era algo general. En medio de la paranoia en que vivíamos, llegué a pensar que el corte de luz tenía que ver con que le habían bajado el programa a Lanata.

Al rato del corte de luz empecé a no poder respirar, así que salí al palier a ver qué pasaba. Era imposible, había una nube de humo negra tremenda, así que volví al departamento. Respirar se complicaba más y más a cada momento, y recuerdo que Conan fue al balcón y se acostó porque el aire corría mejor. A mí, afuera o adentro me costaba muchísimo. El motivo: había un incendio en el edificio. De pronto los vecinos me llamaban diciéndome «andate del departamento, salí como puedas». Yo les decía que tenía que ver cómo hacía para salir con Conan y me respondían: «Dejalo». Apagué el teléfono y en ese momento decidí que salía con Conan o me moría con él, pero que por nada del mundo lo iba a abandonar.

Confieso que Conan no suele hacerme mucho lío por nada: hace todo bien aun sin que yo le indique las cosas. Es como que sabe todo. Sin embargo, con el tema del paseo, no es simple administrar la alegría de un mastín de casi cien kilos. En ese contexto le dije: «Mirá, Conan, necesito que esta vez me hagas caso, porque en esta nos jugamos la vida». Tremendamente disciplinado, se puso al lado mío y me permitió que le pusiera la correa sin ninguna vuelta. Fue difícil, pero una vez que salimos del departamento todo resultó mucho más simple. Bajamos los diez pisos por escalera casi sin drama. Cuando llegamos, entre vidrios y mampostería rota, un bombero me ayudó a llevarlo a upa para que no tuviera que pisar los vi-

drios, pero como yo iba a otra altura «chupé» un montón de humo y cuando bajé estaba cianótico. Con lo cual, así como estaba, me agarraron y me metieron en una ambulancia para darme oxígeno, mientras llamaba al veterinario, Miguel Durán (QEPD), un tipo al que, como amigo, he querido enormemente y al que siempre lo recuerdo de la mejor manera.

Cuando vi pasar el auto de Miguel dejé la ambulancia y fui corriendo a llevar a Conan a la veterinaria para chequear que estuviera bien. Recuerdo que me dijo: «Conan está fenómeno, el problema sos vos, que estás azul», con lo cual terminó asistiéndome y dándome oxígeno en la veterinaria porque efectivamente el que estaba mal era yo. Para mí, ese es uno de los días más importantes de mi vida, porque siempre le he dicho a Conan que estaba y estoy dispuesto a dar mi vida por él en todo momento, bajo cualquier circunstancia y ante todo evento. Y ese día cumplí.

De más está decir que, entretanto, iba consiguiendo algunos trabajos de consultoría que me permitían recalcular los gastos mensuales. A su vez, comencé a comprar los alimentos en el supermercado, y ello me permitió redefinir mi alimentación en un modo más saludable, por lo que rápidamente bajé unos 20 kilos. Estaba con mucho sobrepeso, pero por el buen camino. Conan seguía bien y yo, con ganas de escribir, por lo que, nuevamente, todo caminaba bien.

Cuando ya me estaba quedando con poco dinero encontré un nuevo trabajo. A veces creo que debía pasar por la experiencia y que aquel juicio al empleador solo hizo que el proceso fuera más largo. Una suerte de castigo, ya que nadie me había pues-

to una pistola en la cabeza para aceptar el trabajo. De última, si no te gustan las condiciones, te vas y se acabó. Al mismo tiempo, aprendí mucho sobre la miseria de algunas personas que aprovechan que estás en el piso para patearte. Otros que, sabiendo que tu trabajo vale más, se quedan con una tajada porque tu poder de negociación está diezmado. Es más, recuerdo que en un momento hasta me exigieron escribir la tesis de maestría de otra persona, ya que, si no lo hacía, me bajaban una consultoría que me venía bien. Sin embargo, no me quejo. Es más, si en ese momento hubiera sido liberal como ahora, hasta habría tomado la situación de otro modo. No me habría enojado tanto. Por ende, todas estas experiencias me llevaron a aprender a ser mucho más liberal, y encima, con un *bonus track*: la experiencia no solo sirvió para ver de qué estoy hecho, sino que además me enseñó a mantenerme en forma en el rango de 75 a 80 kilos de peso. Creo que, siendo liberal, la hubiera pasado mejor pero, como dice el refrán: «La letra con sangre entra».